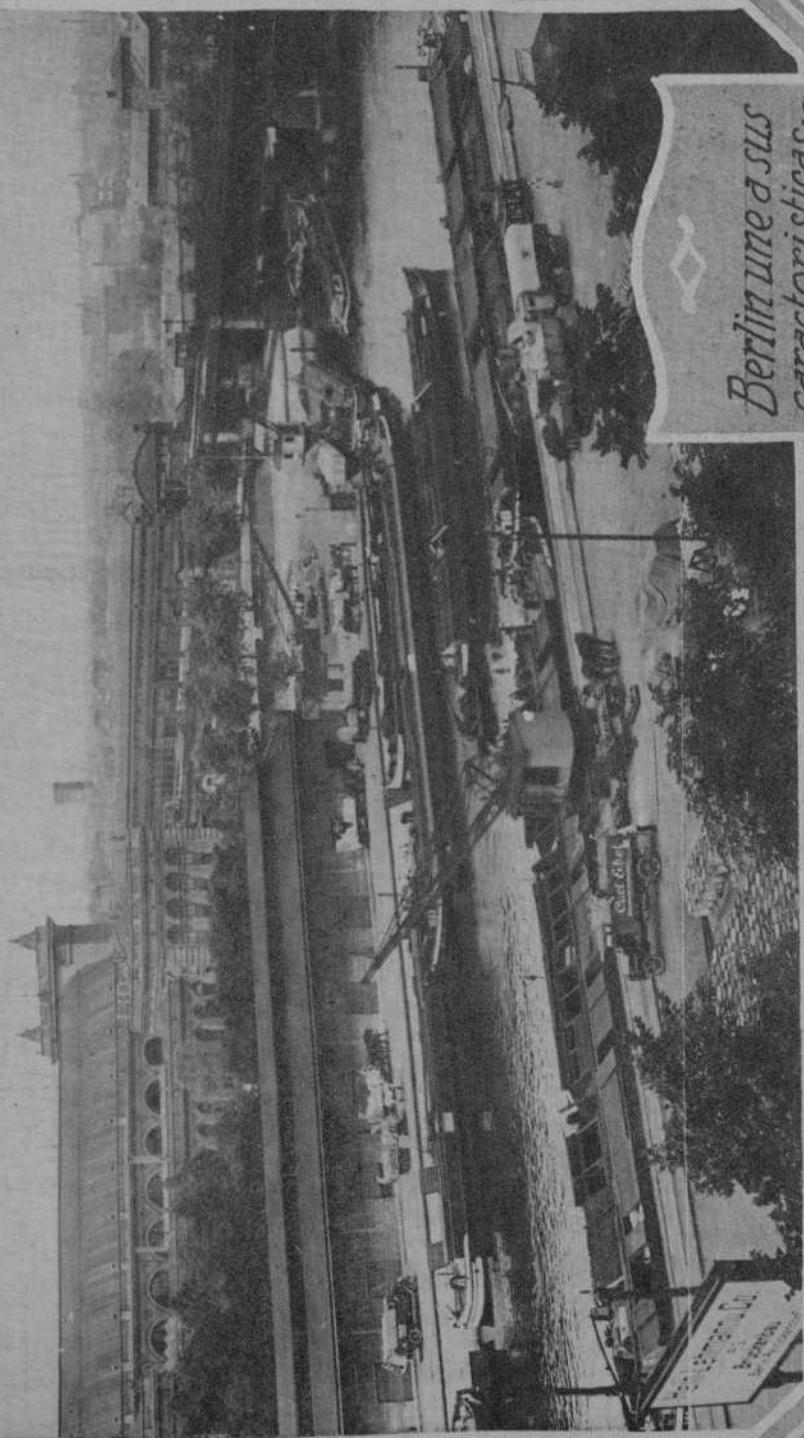
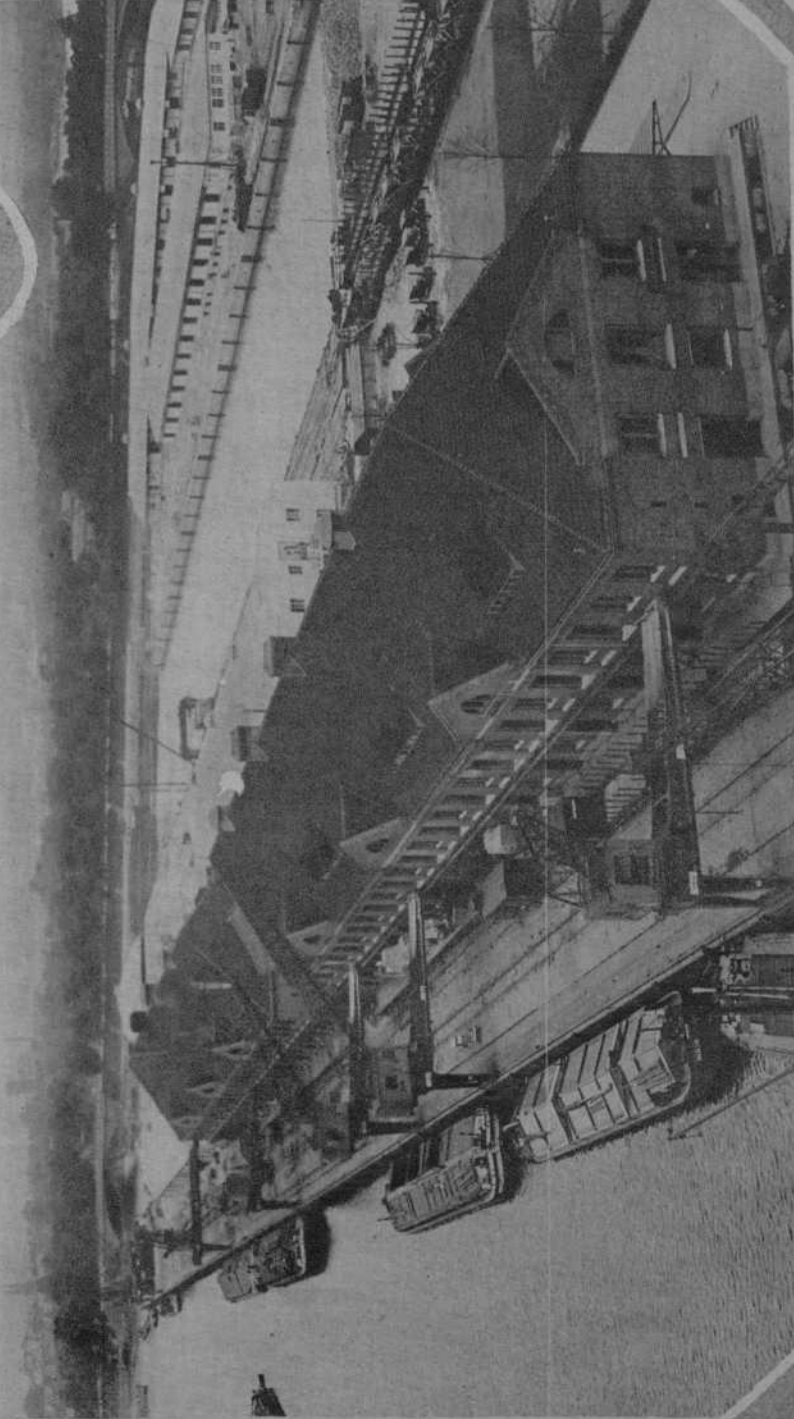


Los muelles de Berlín.



Berlín une a sus
características
de lujosa capital
las de centro im-
portantísimo

Vista de una parte del sector industrial



PAGINAS

EXTRAORDINARIAS

ID DE

El Día Gráfico

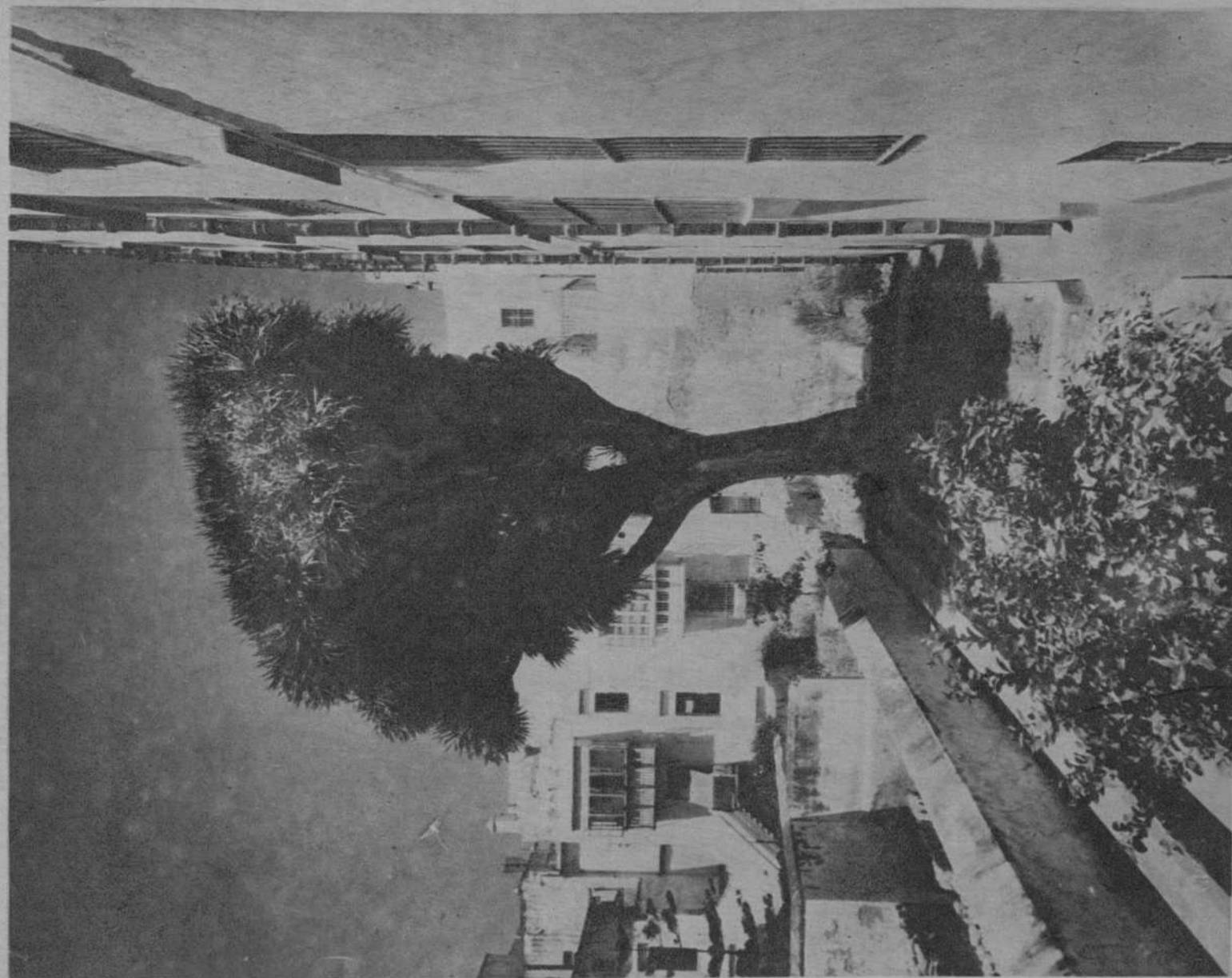
NUM

107

ABRIL

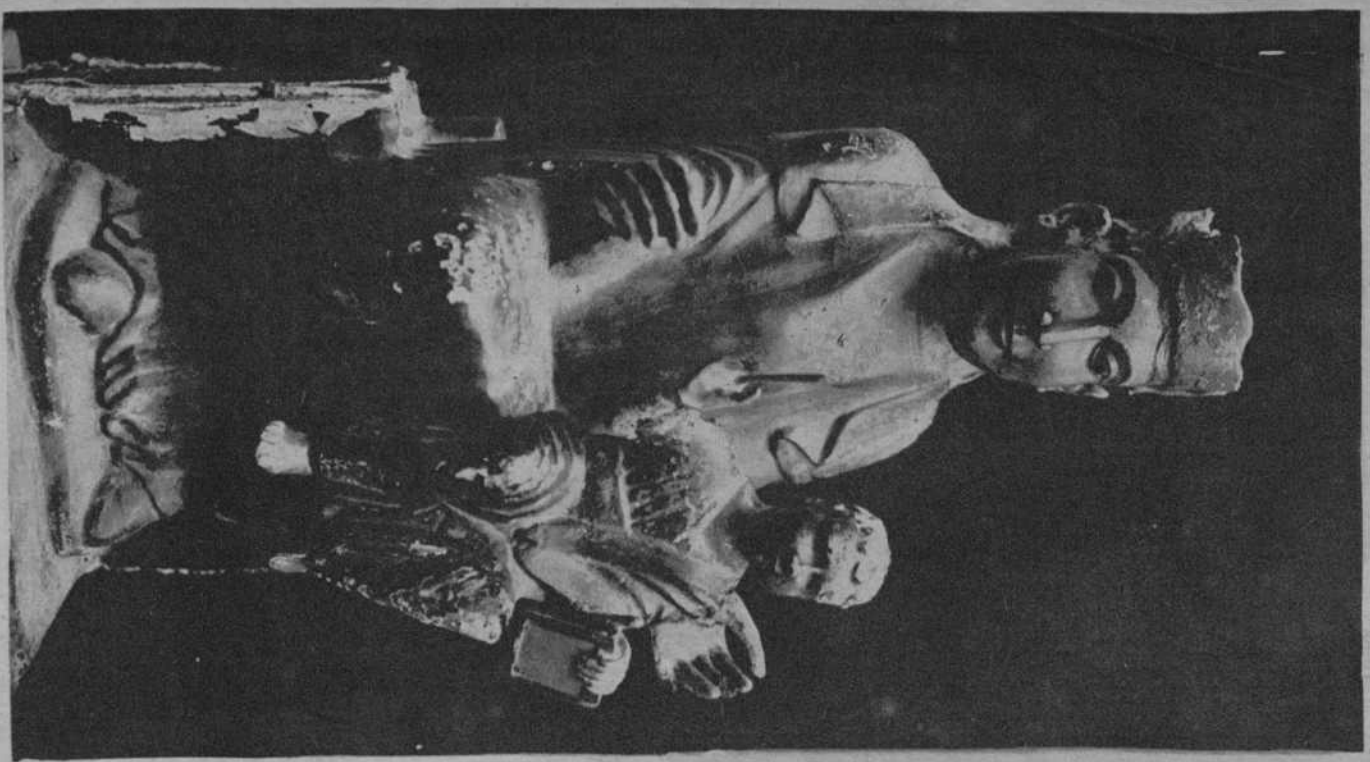
29

1928



El típico árbol llamado "del dragón", en el Hospital de Mujeres, de Cádiz.

Las viejas imágenes de Cataluña



La Virgen Romanica de Santiga, que por su semejanza con la de Montserrat, ha inspirado el decir popular "Qui va a Montserrat i no passa per Santiga, deixa la mare per a veure la filla."



La Virgen del
Baque
de San
Adri-
orio

Fotos Casañas

La Virgen
de Ando-
rra, de la
Catedral de
la Seo de Urgel.

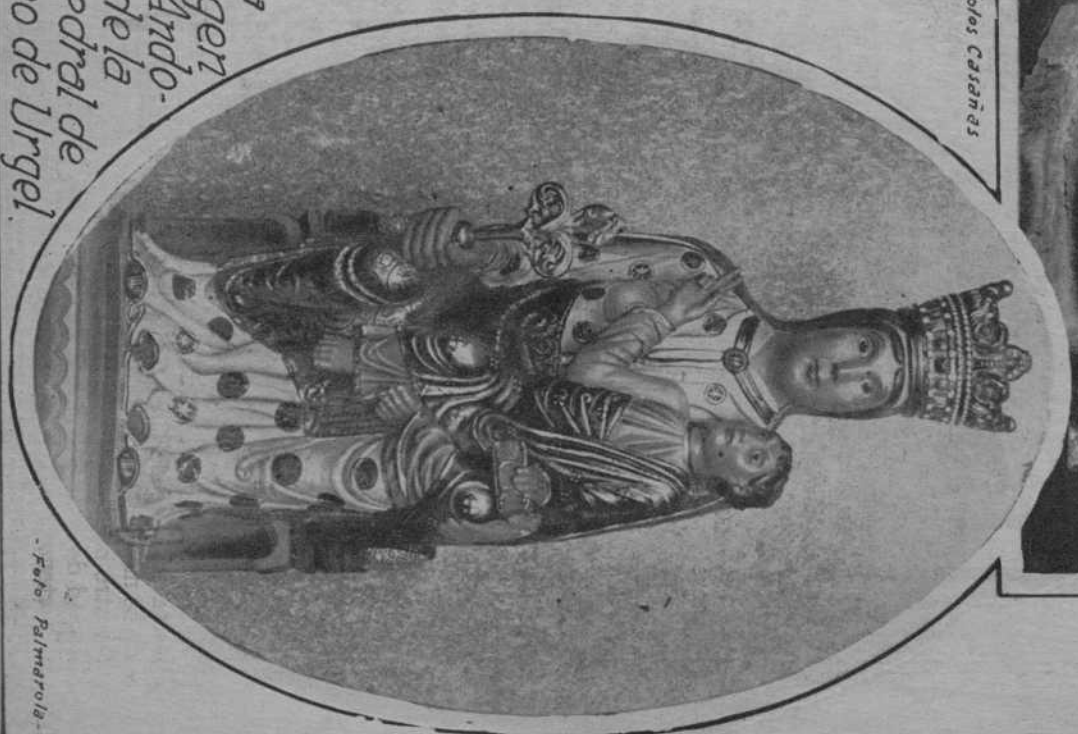
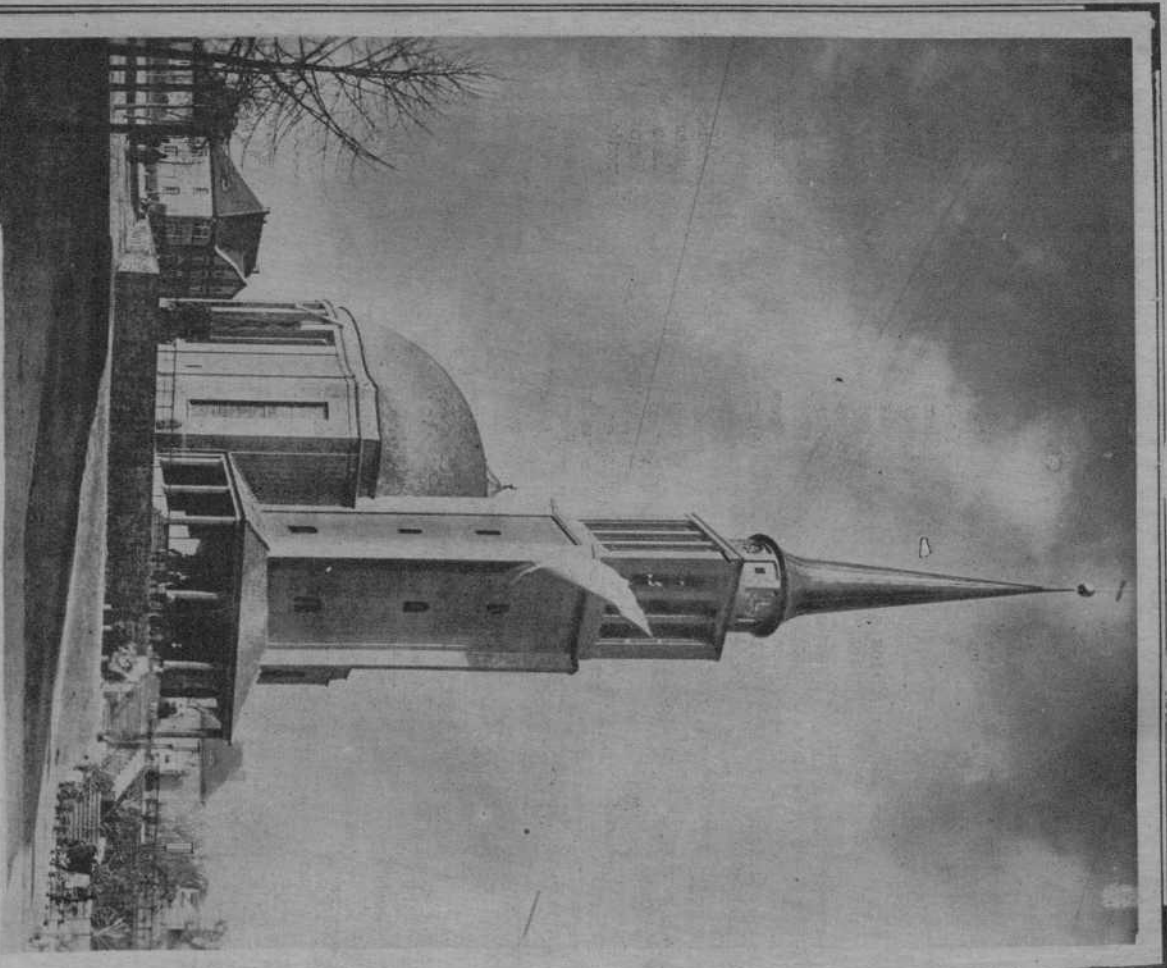


Foto Palmirota



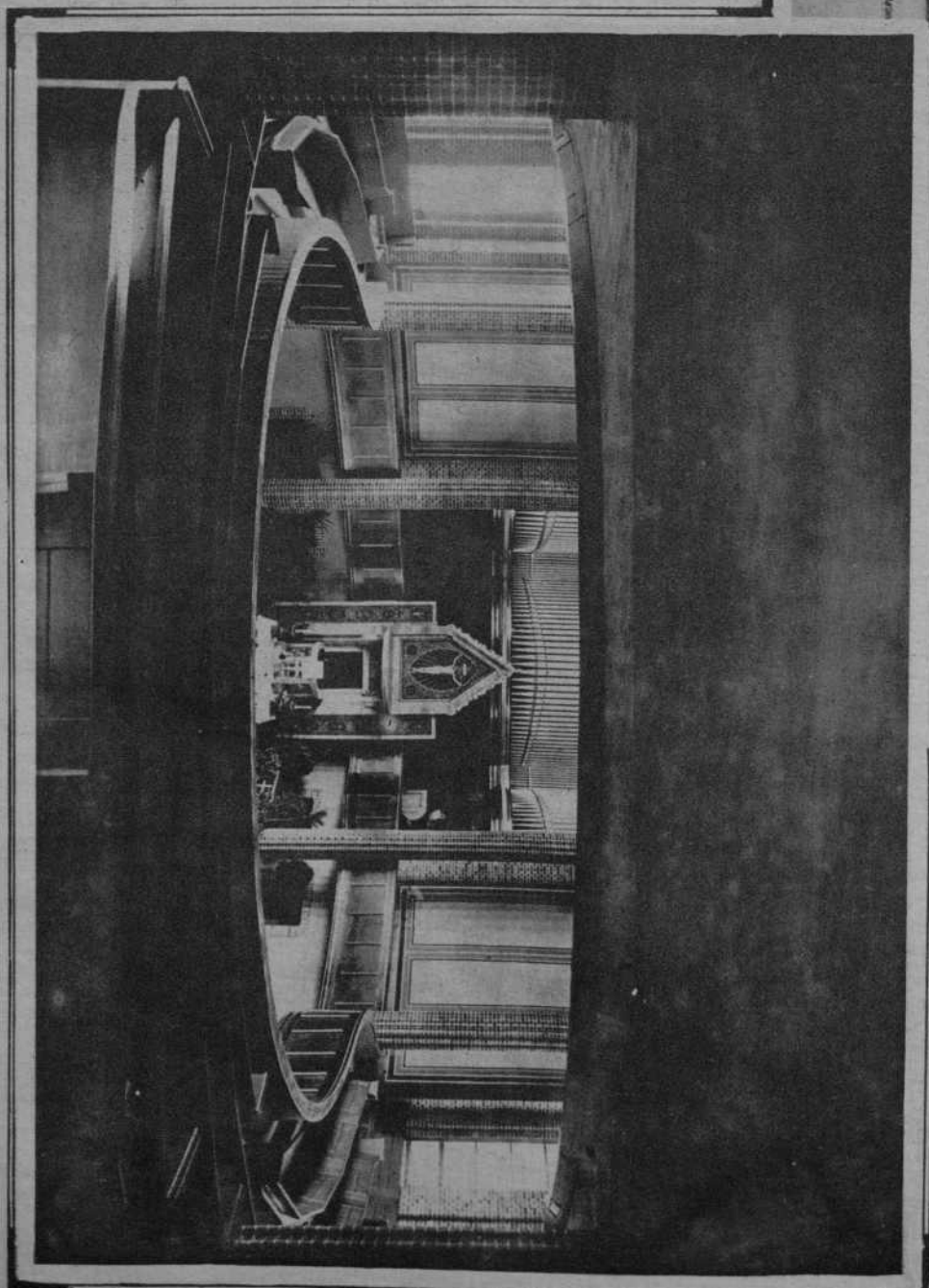
La arquitectura moderna alcanza a los templos. En Bild (Alemania) ha sido construida una iglesia que se aparta de todos los estilos hasta ahora conocidos.



Vista del nuevo templo, de líneas originales y aéreas.

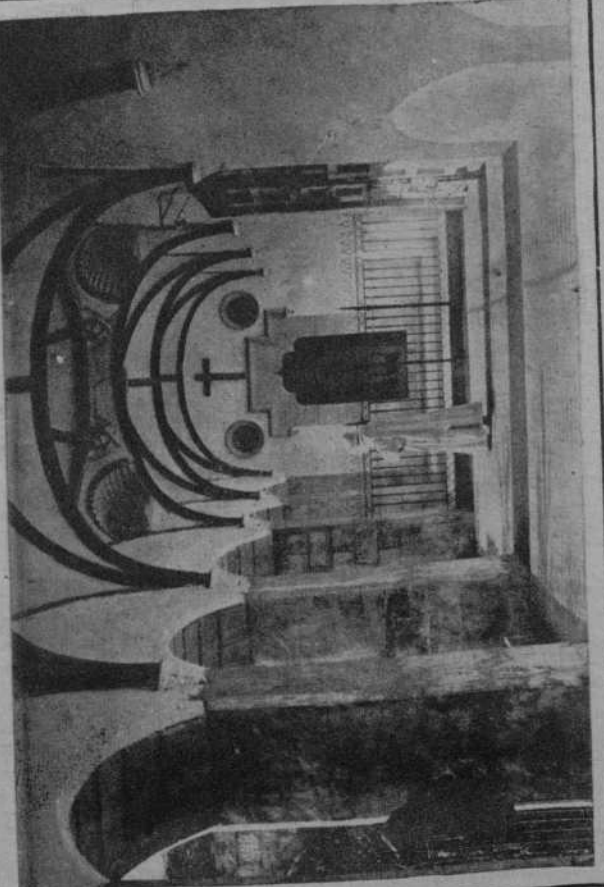
Original interior de la iglesia y altar mayor.

Fotos Schertl

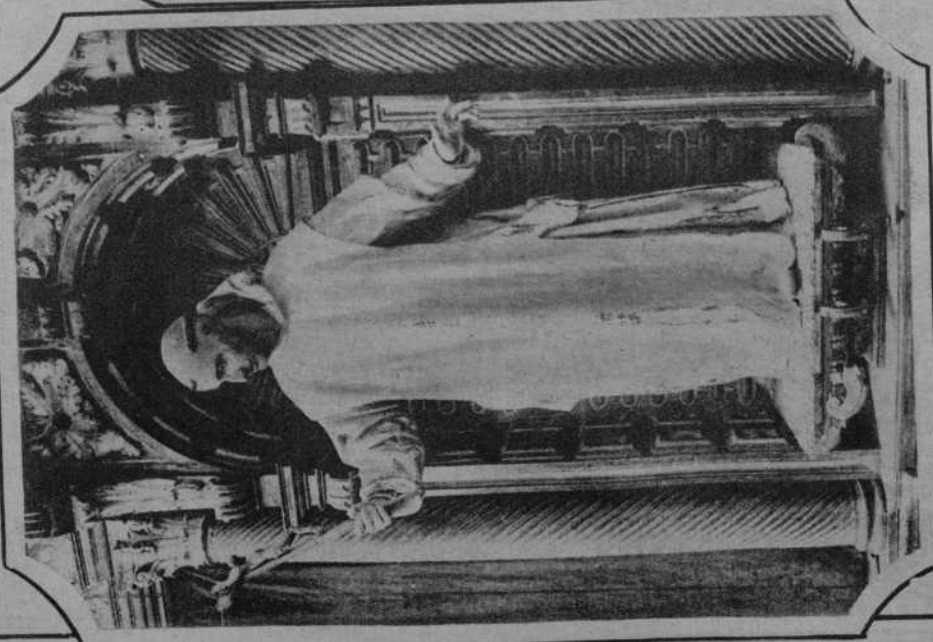


LA CARTUJA DE MIRAFLORES.

A las bellezas que reúne Burgos, se suma la admirable Cartuja, sede de arte y de reposo.

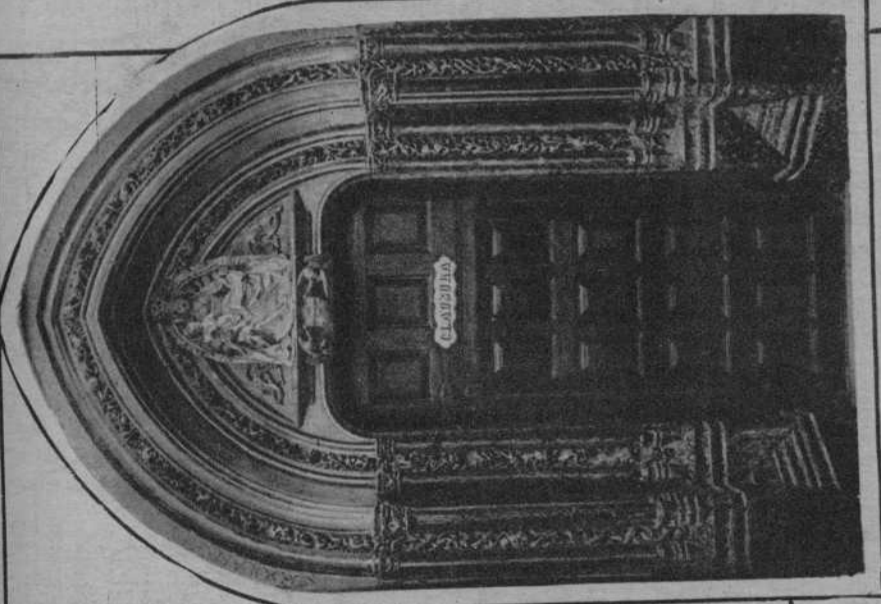


El claustro.

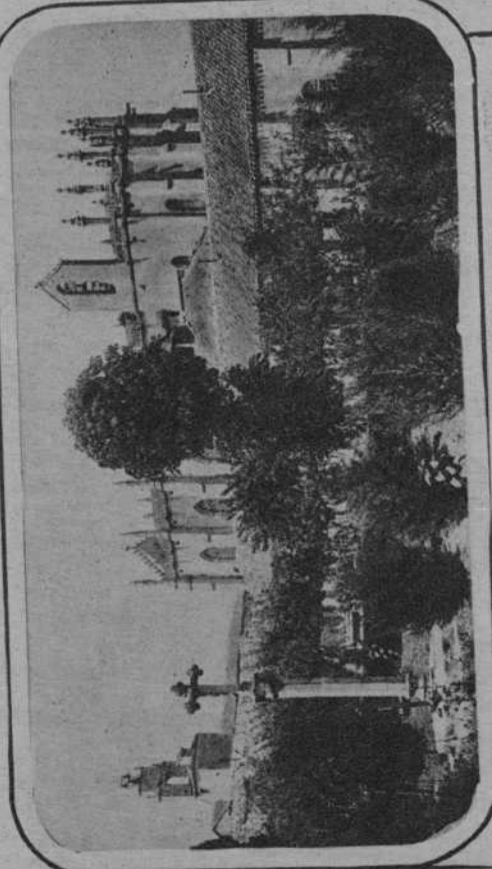


San Bruno.

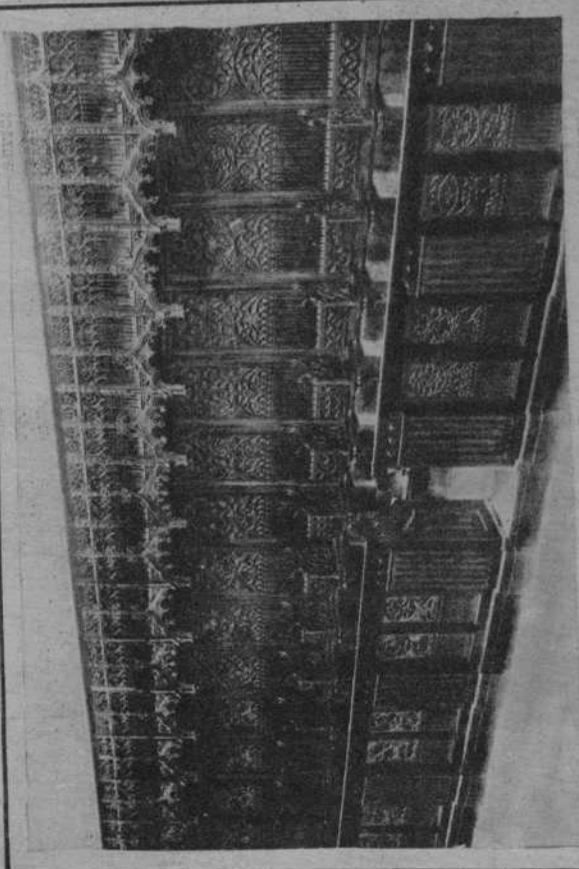
El coro de los padres.



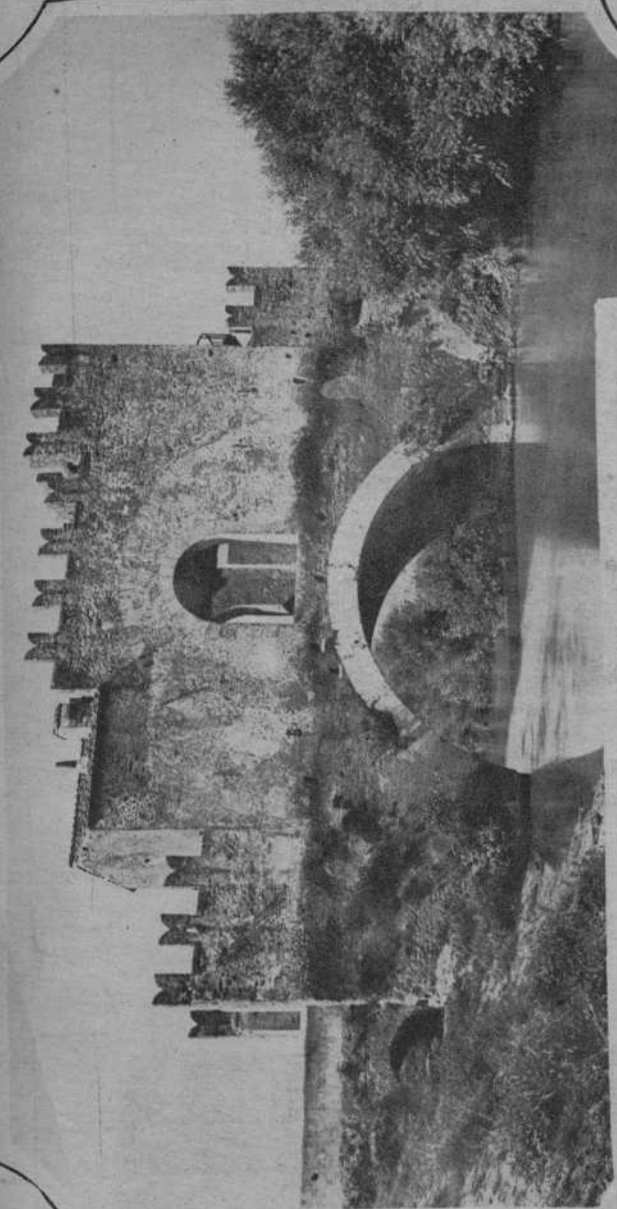
La puerta de la clausura.



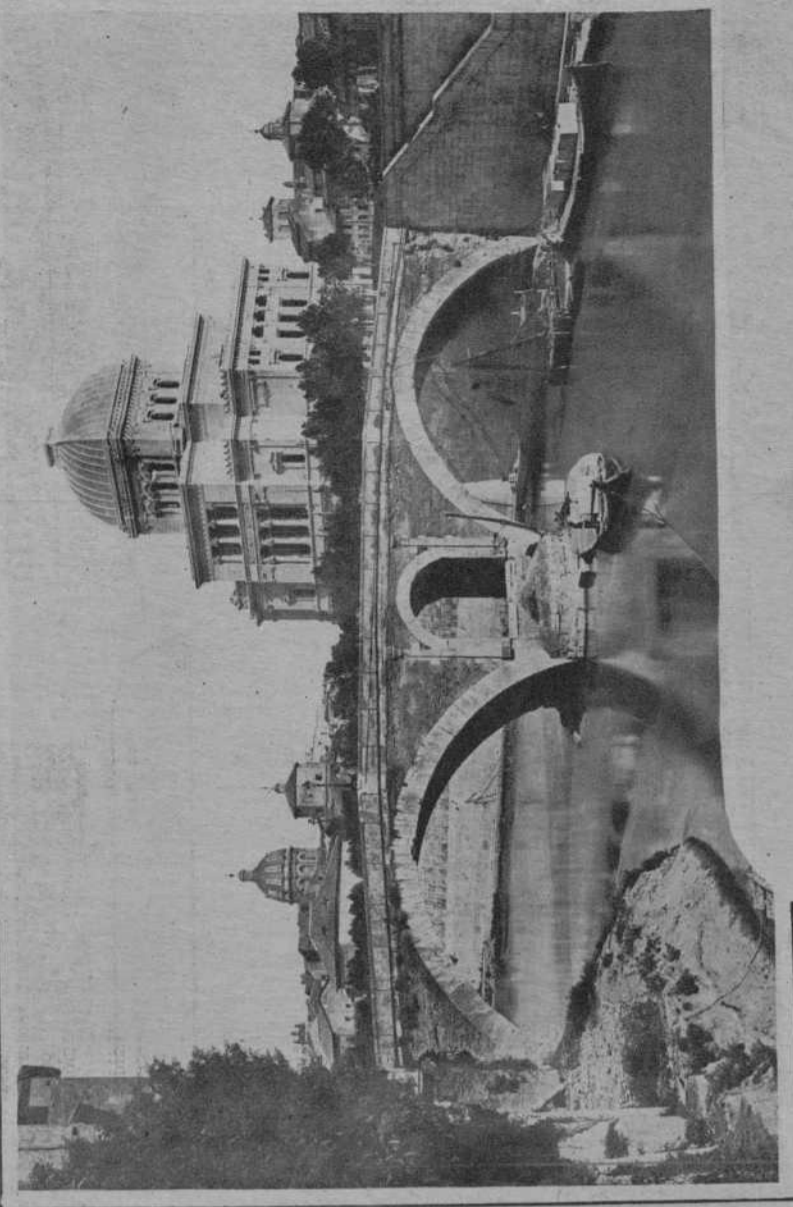
Vista de la Cartuja.



Los viejos puentes de Roma, algunos modernizados, recuerdan por su edad y por su gloria y esplendor.



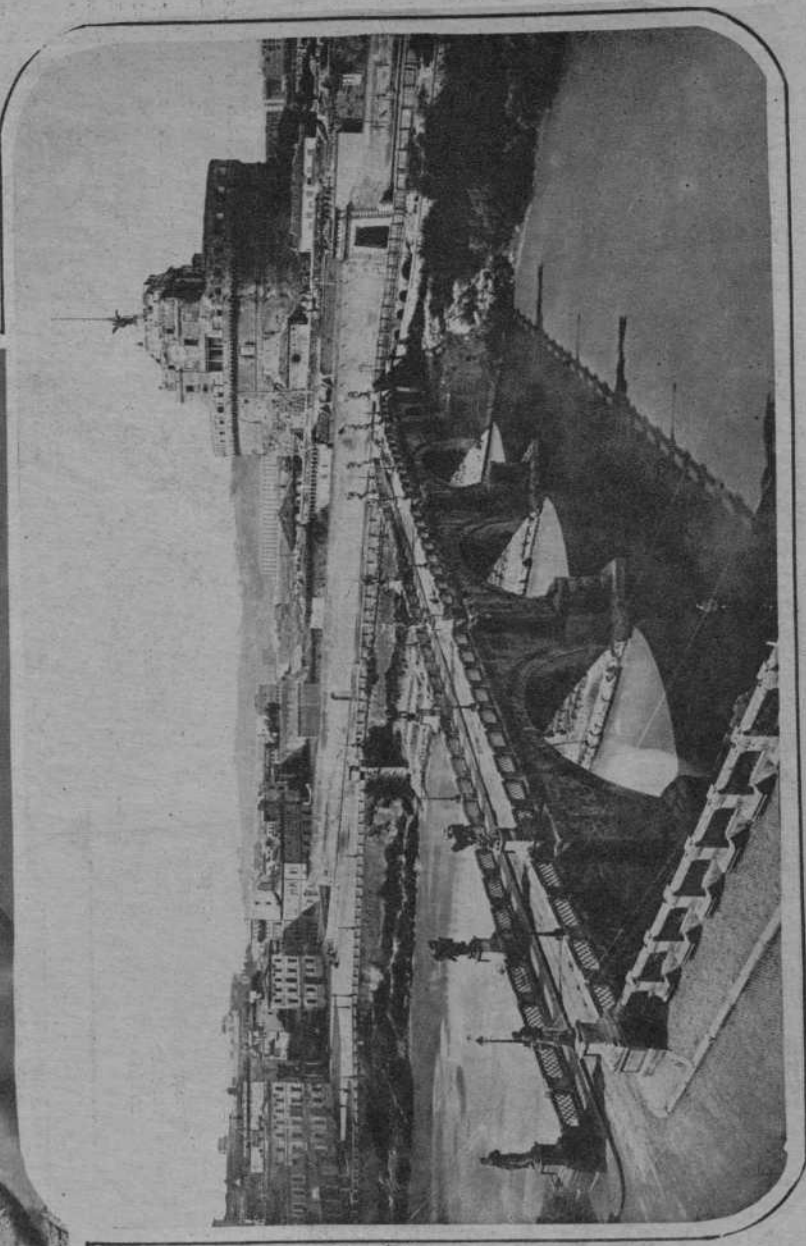
El viejo puente Nomentano.



El viejo puente Quattro Capi



El puente de San Angelo.



No hay pueblo en el mundo que no saque de la prò-
 diga tierra su sustento. Y en los procedimien-
 tos para ello adoptados coinciden todos los paises
 desde remotos tiempos.



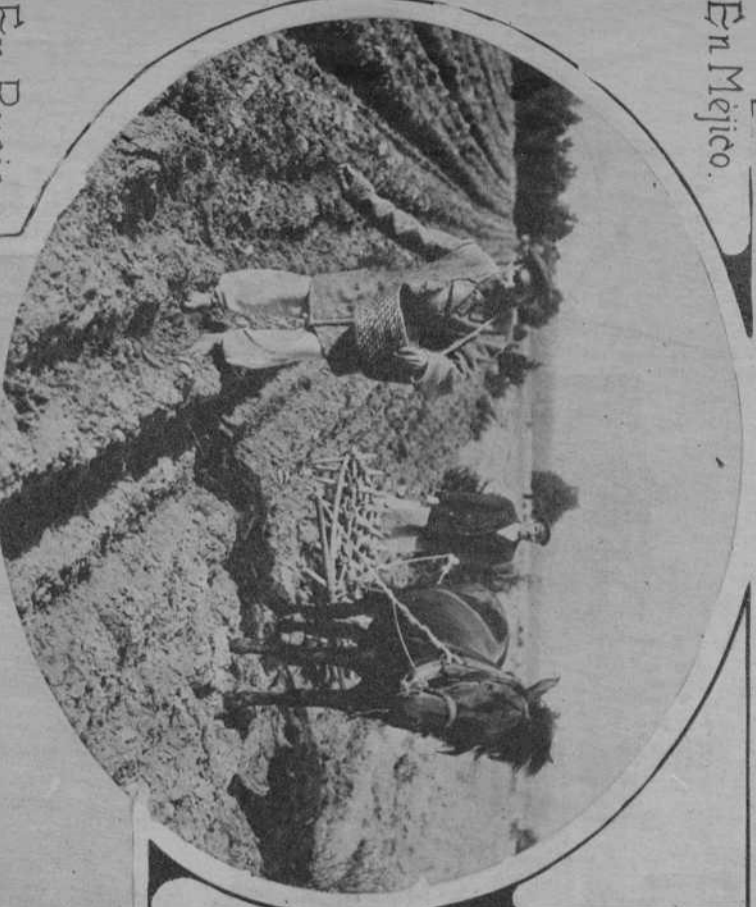
En Mejico.



En España



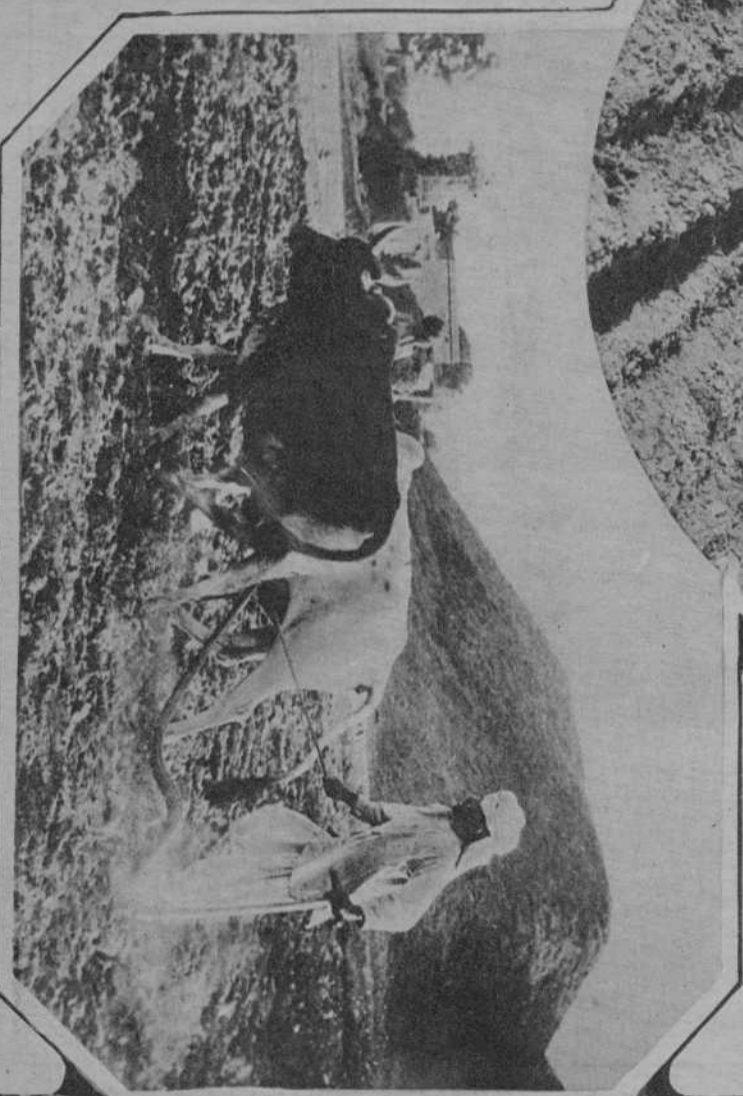
En Francia.



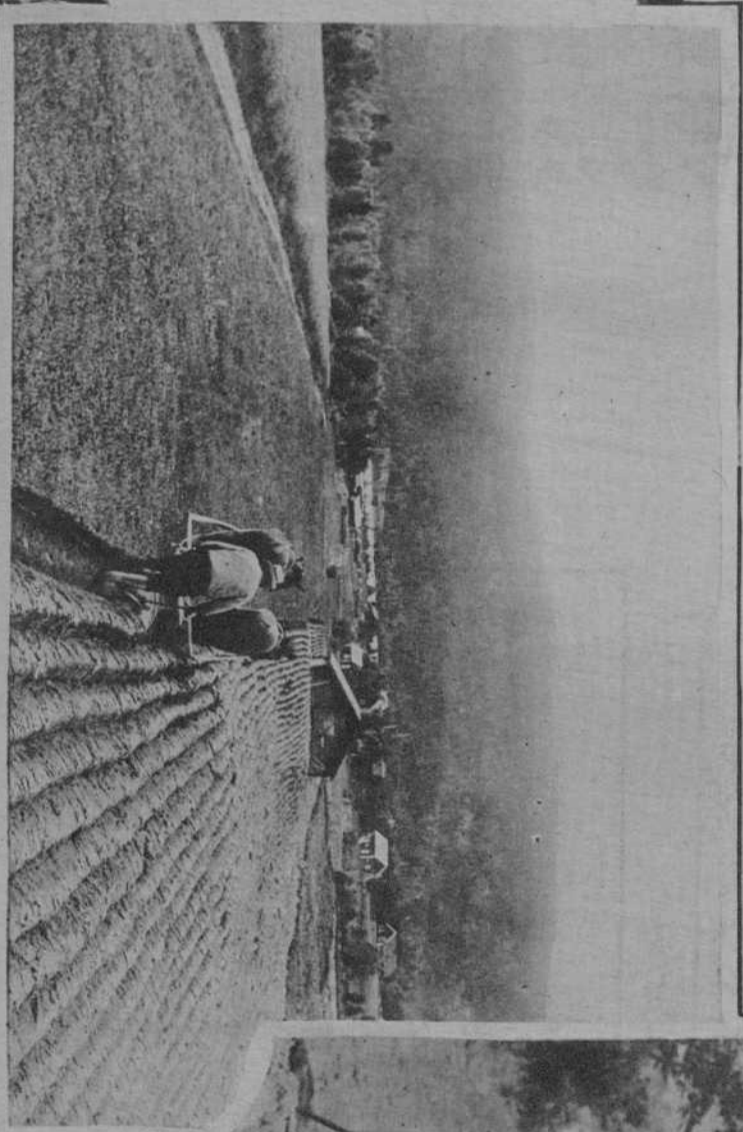
En Rusia.



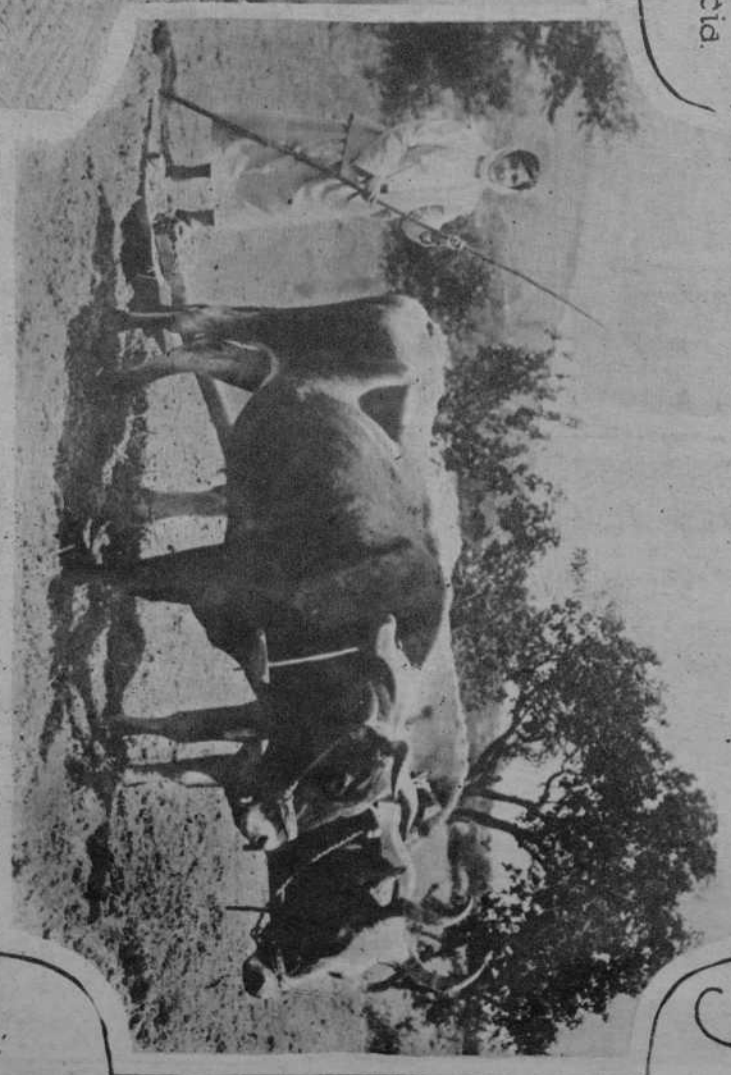
En China.



En la India.



En Suiza.



En Palestina.

PAGINAS INFANTILES

HISTORIA NATURAL

EL ZORRO

El animal vulgarmente conocido en Cataluña por el nombre de «Guineu» es el más cosmopolita de los cánidos salvajes, que se caracterizan por su hermosa, larga y poblada cola y por ciertas particularidades de su cráneo, por las pupilas de sus ojos, que a la luz se contraen en un eclipse vertical.

El zorro constituye muchas razas locales, distribuidas desde nuestra Península y Marruecos hasta el Japón, variando de coloración según el país.

El zorro vive lo mismo en montes de arbolado poco espeso, que en las grandes sierras y en las campiñas, pero nunca en los bosques muy cerrados.

En el invierno, refugíase este carnívoro, durante el día, en cuevas, generalmente en conejeras que él mismo agranda, mientras que en verano prefiere encaramarse a los árboles pernando entre las ramas.

Su principal alimento lo constituye la cenza menor de pelo y pluma, a la que persigue, sobre todo conejos, pero también come pequeños reptiles, miel y frutas, en particular uvas, higos y bellotas.

Estos animales son muy odiados entre la gente del campo, por el enorme destrozo que hacen en las aves domésticas, en cuyos corrales se introducen siempre que pueden, matando todas las que pillan, aunque sólo sea una, no por para ferocidad, sino por la costumbre que tienen de cazar, cuando se les presenta ocasión favorable para ello.

En todos los actos de su vida, revela el zorro una extraordinaria sagacidad, merced a la cual consiguen, en gran parte, librarse de la guerra sin cuartel que le hace el hombre. Por esto, este animal tiene fama de astuto.

Las rojas pieles de zorro «renards» en francés, que tanto se prodigan en peletería, proceden en su mayoría, de una especie norteamericana que es algo mayor que el de Europa y de un color más fuerte.

En la actualidad, hay en los Estados Unidos granjas o viveros de zorros, criados en cautividad para la explotación de pieles.

En la industria peletera, es también muy apreciada la especie llamada «zorros azules», cuyos ejemplares ofrecen una coloración gris plomiza, llegando sus pieles a cotizarse en el mercado de Londres hasta 750 pesetas.

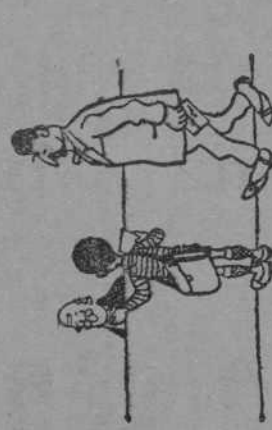
El gran número de aves marinas que en la estación de verano invade las regiones boreales, proporcionan abundante alimento al zorro ártico, el cual resiste más que ningún otro animal de la fauna terrestre, las bajas temperaturas del invierno polar.

La mayor parte de las pieles de zorro que

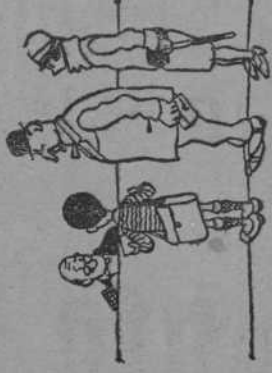
se ven en el comercio, proceden de las islas Pribilof, en el mar de Bering, donde la variedad gris es la más común.

Pasando de las regiones polares, al audiente clima africano, el Sahara y el desierto de Libia, se encuentra otro género de zorro llamado «fenech», el más pequeño de la especie. El zorro del desierto posee unas orejas de gran tamaño, que parece ser el rasgo fisiológico de los zorros africanos. Su pelaje es suave como la seda y de un delicado color crema; aliméntase de ratones desertícolas, de pequeños reptiles, salamanquesas, etc.

LA ASTUCIA DE UN ESCOLAR



—¿Quiere usted darme seis sellos de diez céntimos, cinco de a real...



—... y diez de a dos reales? ¿Cuánto vale todo junto?



—6 por 0'10, igual 0'60; 5 por 0'25, igual 1'25; 10 por 0'50, igual 5. Total 6'85.

—Gracias, señor. Es lo que deseaba para mi problema...

B. S. N.

SALPICADURAS

—000—

La mamá, enseñando a escribir al niño: —Pepito, ayer se escribe con «y» griega y limón con «j» latina... pero, además, ¿por qué no pones jamón con «jota»? —¿Como tú siempre lo pones con «g» latina!... En la escuela: **

El alumno: —Los delitos pueden ser complejos y conexos.

El profesor: —No diga usted complejos. La «equis» antigua se ha convertido en «jota»; ya nadie pronuncia México, por ejemplo, sino Méjico. Adelante, siga usted.

El alumno: —Bueno por los delitos pueden ser complejos y conexos.

La risa del pequeño

—000—

En la risa loca de mi pequeño hay sonas de plata, de trinos, de perlas, de cascabeleos.

Se abra como un beso, sueña como canto, muere como ruido de un jardín cerrado, lleno de misterio.

En la risa loca de mi pequeño se refleja la luz de su vida como en un espejo...

Y cuando se tapa con su manecita la encendida, fresa de sus labios tersos y deja su risa brillante y sonora romperse en gorjeos, las platas, los trinos, los cascabeleos, y entonces parece que en su mano cantan cinco pajaritos, uno en cada dedo.

mandras e insectos, no despreciando los huecos y dáfles maduros. Este pequeño animal, es, al decir de los naturalistas, un verdadero modelo de limpieza por el exquisito cuidado que pone en la construcción de sus madrigueras.

Aun cuando existen otras muchas razas de chinchos salvajes, tales como el «perro hienas», «mapoche» y el «pirotes», su carácter y sus costumbres difieren muy poco de los zorros comunes, no valiendo por tanto la pena de describirlos.



Los niños asistieron a un buen colegio, según fueron llegando a la edad conveniente, y en la casa, atendido lo necesario, entró algo de lo superfluo.

—Pero yo no te oigo, Elena.

—¿Para qué?

—Para oírte, ¿te parece poca razón? —No vas a desentender la oficina!...

Además, en casa me oyes cuando quieres.

—Sí, claro; pero no es igual.

—Es mejor. Porque en casa, tocaré para ti.

Esto, un día. Y otro, al cabo de muchos:

—Te voy a dar una sorpresa, Elena: he comprado un aparato de radio. Mañana van a venir a instalarlo.

—¡Oh!... ¿Con qué dinero?

—Con mis ahorros... He fumado muchos; mejor dicho: no he fumado nada, salvo los pitillos en casa, necesarios para que así no te aperceberas, en muchos meses.

—¡Pobre!... ¿Por qué no lo dijiste y hubiéramos comprado el aparato entre los dos?

—Porque me pareció mejor pagarlo yo solo. Así era mi capricho.

—¿Y cuándo me oirás?

—¡Es verdad!... Tocas a las cuatro, y hasta la noche no regreso yo de los trabajos... ¡Dices sabe cuándo podré oírte!...

**

La oyó. La oyó, por desventura. Un fuerte ataque gripal retuvo en casa muchos días, que sólo si eran martes o viernes resultaban gratos.

¡Con qué emoción dulceísima, ante el altavoz, todo oídos—nunca mejor aplicado el simil—, esperaba «su número»!

—Van ustedes a oír a la señorita Aurora Gómez, en su acostumbrado concierto de violoncelo—anunciaba la voz sabiamente vocalizante del locutor, y el aliento de Artemio Pérez se detenía, anhelante.

Y era, en seguida, la risa y el llanto; la carcajada y el gemido; el llanto y el grito jubiloso del violoncelo, a cuyas cuerdas sabía la mano experta de la concertista arrancar todos los sonidos. Poemas de amor y de odio; de luz y de sombras; de la vida y de la muerte.

Y un día, un triste día...

Lloraba el violoncelo el llanto de los juegos de agua de un «Nocturno», en el que el sonido sugería la caricia de una copia en la noche y las lágrimas de los surtidores sobre las tazas de mármol, cuando a Artemio, que escuchaba embobado, respondiendo a un fantástico y sobrenatural mandato, miró tras los cristales del balcón cercano. Y todas las sombras de todos los dolores, descendieron sobre él.

Por la calle, aligera, temerosa de ser vista, hurtándose en el amparo del acompañante, iba Elena colgada del brazo de un hombre.

En tanto, por el altavoz, seguía desgranándose la música poética y sentimental...

Podría haber corrido en un «taxi» hasta el Estudio de la emisora de Radio-telefonía, para descubrir qué manos sustentaban a las de su mujer sobre las cuerdas del violoncelo; para desentrañar toda la burla, todo el engaño horrible de que era objeto.

No lo hizo. Prefirió creer en una alucinación.

—Acaban ustedes de oír a la señorita Aurora Gómez, quien ha dado su acostumbrado concierto de violoncelo—dijo la voz del locutor.

Y Artemio Pérez, entonces, manióbró los bormes, giró el reostato, alteró la polarización, hasta que el aparato quedó mudo.

De su garganta, ahogada por un rudo de lágrimas, habríase dicho que también para siempre huyó la voz...



FIN

NUESTROS GRANDES PINTORES ESCENOGRAFOS



Maurício Vilumara

Este pintor, uno de los últimos restos de aquella juventud alegre y exuberante...

Como tenía algún rato, escaparse al taller que Luis Rigall, Ramón Padó y Caba, tenían establecido en la antigua casa...

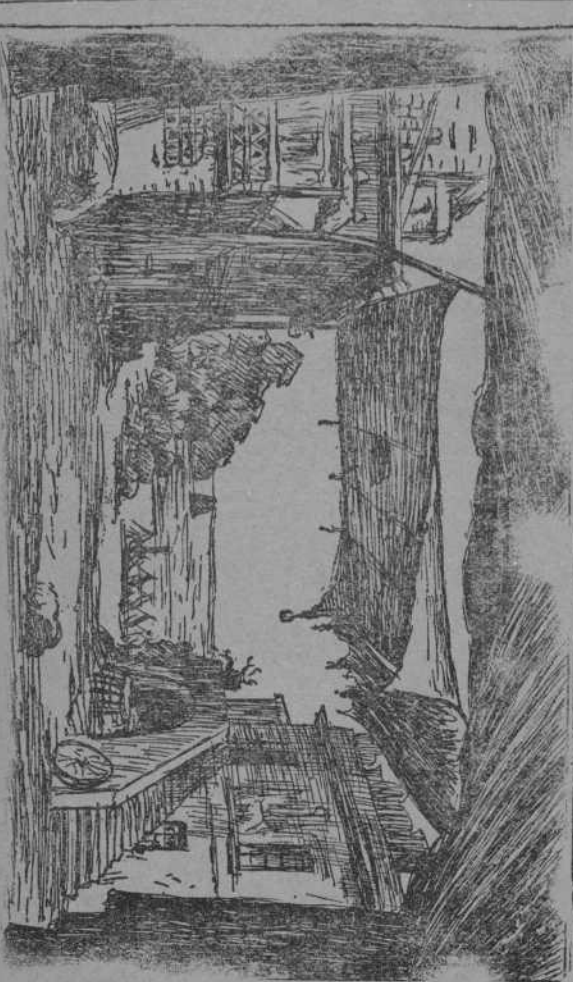
Cuando vino a nuestra ciudad Luis Olona, hacia el año 1860, con su compañía de zarzuela, y estrenó en el Principal su vasto repertorio...

Durante esta, hacíase llevar las comitias en el mismo taller y trabajaba con fervor...

Un grupo de artistas fundadores del taller Rull, donde se reunían para leer y trabajar...

Entre aquellos tiempos en que el carnaval de Barcelona llenaba en magnificencia a los de Venecia y Roma...

No hay que decir lo que disfrutaba el joven Vilumara en las diversas funciones que aunaban los chispantes artistas organizaban...



Decoración de M. Vilumara para 'La hija del mar', de Guitner

La sala apareció adornada de colosales colifloras de la Palma, organizados por los del Taller Rull.

Lo que sería aquella época juvenil a la vez loca e inteligente, se trahiere en la manera de ser actual del maestro Vilumara...

Basta ir a su casa convertida en un museo de arte antiguo, y gozar de su amena conversación...

Su producción ha sido copiosa, a pesar de que no ha sido amigo de colaboradores...

Del Liceo, entre las muchas esplendidas decoraciones, todos los inteligentes en escenografía...

Presente aun de todos están las decoraciones de "Jesús", de Guitner, la "Calle de Amargura"...

JOAQUIN BAS GICH

EL MANICOMIO DEL UNIVERSO

Entre 200.000 niños tan sólo seis completamente normales en el mundo entero.

Federico Nietzsche ha dicho que nuestro planeta es el manicomio del Universo.

Esta afirmación del filósofo, que terminó sus días en un manicomio, no es tan paradójica como parece...

**

Recientemente, una comisión constituida en Nueva York y compuesta de psicólogos, médicos y pedagogos...

Resalta que entre los doscientos mil individuos humanos, hay tan sólo seis completamente normales...

Como la población total de nuestro planeta cuenta aproximadamente unos 1.500 millones de seres humanos...

He aquí, también, una idea interesante para un multimillonario americano cualquiera, de los que se rompen la cabeza en...

buscar algo original: fundar una ciudad modelo, en la que hubieran sido admitidas tan sólo gentes reconocidas por una Comisión competente...

**

La guerra y las revoluciones que han sacudido al mundo contribuyeron, no poco, al aumento de la anomalía.

Un hombre que hasta la edad de cuarenta y cinco años había vivido honradamente...

El profesor Yung ha citado, desde la tribuna del Congreso arriba mencionado, una serie de hechos de la cronica criminal de Viena...

Otro crimen estúpido: un joven de veintitres años, inteligente, de buena familia...

Después de haberse casado con una mujer rica que vive en una casa aislada en los alrededores de Viena...

Después de haberse casado con una mujer rica que vive en una casa aislada en los alrededores de Viena...

Luego siguen: un estudiante que mata brutalmente a su novia por haberse negado esta a acompañarle en un viaje...

**

Al mismo tiempo crece en proporciones exorbitantes, el número de suicidios, que también caracterizan nuestra loca época...

En los últimos tiempos están de moda suicidios de enamorados. Un joven y su novia hacen una excursión a un rincón poético...

Otra prueba del estado patológico de la sociedad contemporánea: en Viena existen numerosos misifricadores profesionales...

Viena, París, Nueva York y los grandes centros, son una especie de manicomios de sus países correspondientes...

M. LASSIN

La experiencia del viejo

En otro tiempo Rumania era un país salvaje. Los hombres no estaban aún civilizados, y sus costumbres eran bárbaras. Una vez consistía en matar a los padres cuando eran viejos y constituían un estorbo.

Había entonces en un pueblo situado en medio de los bosques, un viejo muy viejo, que vivía con su hijo. El muchacho, que se llamaba Tiariko y sólo tenía quince años, veía con espanto aproximarse la fecha en que los guerreros de la tribu decidirían la muerte de su padre. El día terrible llegó por fin. Los guerreros se reunieron en consejo, decidieron la ejecución, designaron al verdugo y acordaron las honras fúnebres que se habían de otorgar al cadáver. Esta costumbre era considerada como santa y justa.

Pero antes de que el alba fatal apareciese, Tiariko, que no podía soportar la idea de perder a su padre, le hizo salir misteriosamente de la casa y le condujo al bosque. Había en él un árbol centenario, en cuyo tronco el rayo había tallado un gran bocuete, espacioso como una cabaña. Una hiedra, espesísima cerraba por completo la entrada. Tiariko hizo que su padre se escondiese allí y le prometió que todas las noches le llevaría la comida.

Volvió luego a su casa, y cuando llegaron los hombres de la tribu en busca del rey, salió a recibirlos con el rostro descompuesto por el dolor, crispando los cabellos y rasgando las vestiduras.

—¡Desgraciado de mí!—les dijo llorando—, ¡desgraciado de nosotros! Mi padre ha desaparecido y ha ido a buscarla al fondo del pozo.

En efecto, delante de la casa de Tiariko había un gran pozo que no se secaba jamás, ni aun en las épocas de mayor carestía, y al cual acudían por agua todos los vecinos del pueblo. Los guerreros, al ver los gestos de desesperación que daba el joven, creyeron lo que decía y se contentaron con cerrar el pozo con una gran piedra redonda, para que el alma del muerto no viniera a atormentar a los vivos.

Cuando llegó la noche, Tiariko fué misteriosamente a llevar la comida a su padre. Algunos días después, varios hombres que habían ido a cazar al bosque, trajeron una noticia terrible. Una tribu guerrera avanzaba a marchas forzadas sobre el pueblo para conquistarle. Los enemigos eran tan sanguinarios, que por donde pasaban no dejaban piedra sobre piedra. Asesinaban a los niños y reducían a esclavitud a los hombres y las mujeres. Los espías que los habían visto aseguraban que eran veinte veces superiores, en número, a los guerreros del pueblo. En estas condiciones, la lucha era imposible. No quedaba más solución que huir.

Tiariko, que seguía viendo todas las noches a su padre, le expuso la situación y le pidió un consejo.

El viejo le dijo:

—No hay por qué asustarse. Ahora mismo os vais todos, incluso las mujeres y los niños a la montaña y encendéis una hoguera en la punta de cada colina. Luego, a medianoche, los guerreros más ágiles irán recorriendo todas las alturas y tocando las trompas de guerra, de manera que parezcan que se contentan las unas a las otras. En cuanto sea de día, el enemigo partirá.

Tiariko volvió al pueblo y repitió el consejo a los compañeros. Todo se cumplió como el viejo había predicho. Todos los picos de la montaña se coronaron de llamas, y antes que las trompas estuvieran sonando toda la no-

che, con tal estrépito, que no parecía sino que la montaña estaba ocupada por un ejército numerosísimo. Los enemigos, creyendo que eran refuerzos que acudían en favor del pueblo, levantaron el campamento y emprendieron la retirada.

Tiariko, a pesar de sus pocos años, fué promovido al consejo de los jefes.

Pasaron los días y una nueva calamidad se cernió sobre el pueblo. Un monstruo, una especie de serpiente gigante, asolaba la comarca, devorando los ganados, atacaba a los hombres que trabajaban en los campos y a los imprudentes que se aventuraban por los senderos de la montaña. Llegó un momento en que nadie se atrevía a salir ni aun armado.

Algunos guerreros verdaderamente heroicos que osaron seguir las huellas del monstruo, descubrieron que se guarecía en el fondo de una caverna. Hubiera sido relativamente fácil sorprenderle en el sueño y darle muerte. Mas ¿cómo era el sueño y que se decidiera a penetrar en la caverna? Porque la caverna era un verdadero laberinto, lleno de galerías y corredores misteriosos entrenzados en las tinieblas. Aun suponiendo que se supiera entrar, ¿cómo se acertaría a salir?

Tiariko volvió a pedir consejo a su padre. —Los guerreros—dijo el viejo—pueden entrar sin temor por los corredores subterráneos. Basta que lleven una perra y un perrito recién nacido. Dejarán al perrito en la puerta, y llevarán consigo a la perra en su expedición. Por difícil que sea el camino de vuelta, la perra dará con él. No habrá más que seguirla.

Al día siguiente, Tiariko, a la cabeza de un grupo de guerreros y llevando a la perra y al perrito, se dirigió a la caverna. A la luz de grandes antorchas, se aventuraron por los subterráneos y encontraron a la serpiente dormida. La dieron muerte y soltaron a la perra, que habían llevado encadenada. El animal, en cuanto se vió libre, olfateó con fuerza el aire y se lanzó por un corredor, y luego por otro, y por otro... ¿Qué hombre no dará con sus hijitos, por muy escondidos que se los oculten?

A partir de aquel día, Tiariko fué proclamado el hombre más sabio de toda la región. De todas partes venían a conocerle y a felicitarle.

Y he aquí que aquel verano hizo un gran calor. El calor trajo la sequía. Se agotaron las fuentes y dejaron de correr los arroyos. El pueblo se moría de sed. No había más remedio que esperar a que pasara la sequía. Tiariko, pero nadie se atrevió a levantar la trompeta. Se invocó a los dioses, se hicieron rogativas y sacrificios, se reunieron los sabios en consejo, pero todo resultó inútil. Entonces, y como último recurso, acudieron todos a Tiariko. Este les dijo:

—Yo os daré el agua que pedís y os daré algo que vale todavía más que el agua; os daré la verdad. Levantad la piedra del pozo y bebed, que está pura. Mi padre no estuvo nunca en él. Mi padre vive. Su experiencia, y no la mía, es la que os ha salvado de los peligros que se amenazaban. Son los viejos, y no los niños, los salvadores de los pueblos, por ser los que tienen experiencia. Honrad a los viejos y seréis felices.

Todo el mundo aplaudió estas palabras. Aquella misma noche fueron en busca del padre de Tiariko, le sacaron del árbol y le trajeron al pueblo con gran pompa. Los festejos duraron varios días.

Y desde entonces quedó abolida en Rumania la bárbara costumbre de matar a los viejos.

Bocadillos

—¿Qué quieren decir estas máximas "La gula causa más estragos que la guerra" y "Comer para vivir; no vivas para comer"?

—Que la glotonería mata a los glotoneros y que sólo se debe comer lo necesario.

—Yo he visto hombres muy comiloneros. —Siempre los ha habido. La historia registra al célebre gimnasta griego Filón, que ingería alimentos diariamente que veían a pesar unas dos arrobas. Cómodo, el emperador romano, se comió una vez medio toro que él mismo mató de un puntazo y Alejandro Magno, vencedor siempre, fué vencido por la gula, pues murió joven aun de una indigestión en los festines de Babilonia.

* * *
Landro corta un papel de periódicos en varios pedacitos pequeños y palmotea viendo los flotar en el aire. Al fin pregunta a su padre: —¡Papá! ¿Por qué caen tan lejos los pedacitos de papel y no van rápidamente, como las piedras hacia el suelo?

—Por una razón muy sencilla: tú sabes muy bien, porque para eso lo has estudiado en el colegio, que todos los cuerpos tienen un peso y que hay una ley llamada "gravitación", en virtud de la cual todos los cuerpos al caer, buscan el centro de la tierra. Los que son más pesados que el aire, como las piedras, por ejemplo, caen verticalmente, porque pueden vencer con relativa facilidad su resistencia; pero aquellos cuyo peso es igual a la resistencia que les opone el aire, flotan como has visto con los pedacitos de papel.

El gesto

Alguien ha dicho que el gesto, la mímica, que tanto prodigan los oradores meridionales, es un verdadero atavismo o, por lo menos, una reconocida insuficiencia de los medios de expresión oral. En efecto, algo debe haber de verdad en ese concepto del gesto prodigado, que constituye un vicio, más que un adorno de oratoria.

Que la insuficiencia de la expresión oral puede ser el origen del gesto, lo prueba el siguiente divertido experimento: Pregúntese a uno o varios individuos: "¿Qué significa el concepto?" y como no se tendrá pensada la definición ni se sabrá improvisar con claridad, aunque todos tengan el concepto de la complejidad, inmediatamente moverán los dedos, orientados y alejándose alternativamente, queriendo expresar con el gesto lo que no se atina a expresar con la palabra.

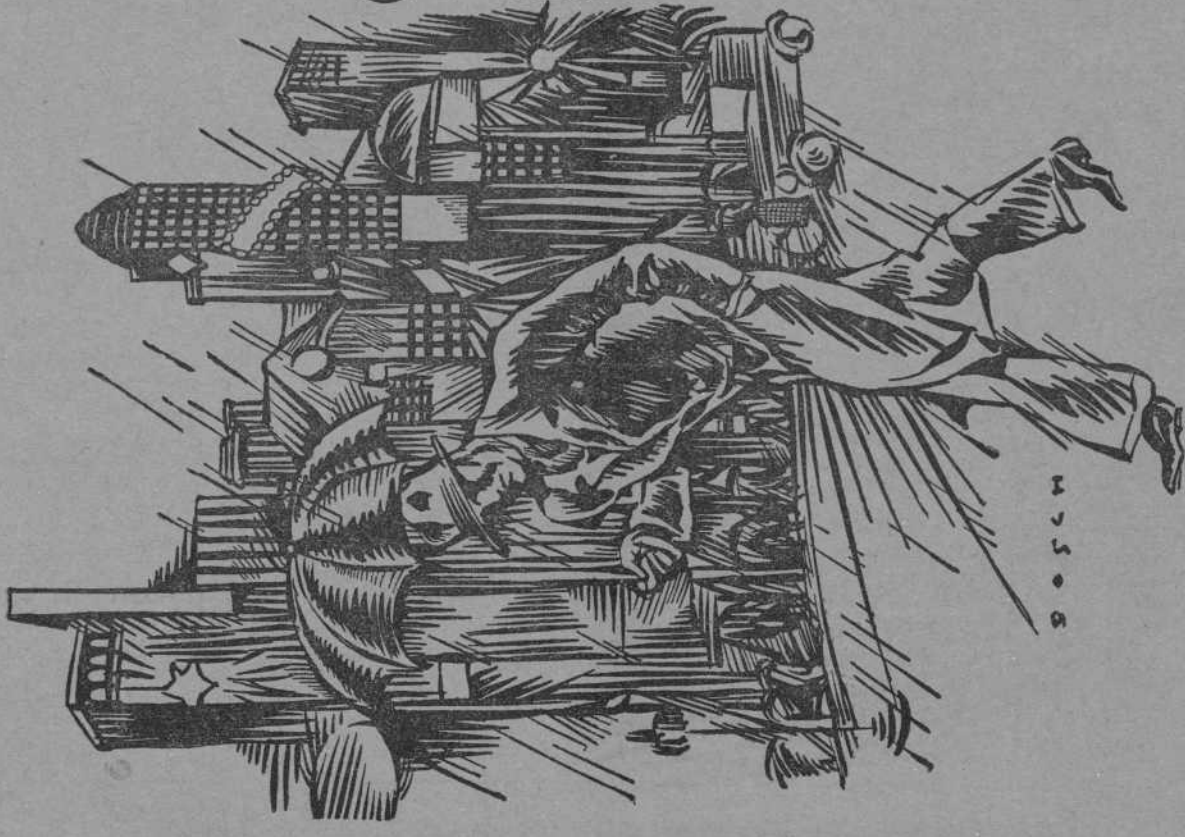
También la generalidad responde con gestos a la pregunta: "¿Qué es una escalera de caracol?"

El agradecimiento de un elefante

En una ciudad de la India vivía una pobre mujer que tenía un puesto de fruta en un cercano. Un elefante domesticado pasaba diariamente por allí y siempre se detenía para mirarla a la fruta. La mujer, que sabía lo mucho que ésta le gustaba, le daba de cuando en cuando algo para comer.

Un día el elefante se encolerizó contra su dueño, y es sabido que estos animales son terribles en este estado. Rompió la cadena que lo ataba y salió llevándose todo por delante, en dirección del mercado. Toda la gente huyó despavorida, y con ella la pobre mujer que, presa de terror, olvidó que había dejado allí a su hijo de dos años. La pobre criatura, ignorando el peligro que corría, permaneció sentada en medio del camino por donde venía el elefante.

Pero la fiera conocía al niño y sabía que era de la frutería que le daba fruta, y al acercarse a él vieron con asombro que lo tomaba dulcemente con la trompa, lo colocaba al borde del camino y seguía luego su carrera.



A veces, la lluvia, aunque la lluvia se convierte en nieve, hace que disminuya el frío. No así, ciertamente, aquella noche.

Bajo el agua, sorteando los automóviles, sobre la calzada bruñida, cobijado malamente por su manguado gabán de entretiempo y el negro pálio del paraguas, Artemio Pérez caminaba helado, tirante, como un perro sin amo o un mendigo sin cobijo.

Sólo la seguridad del hogar que le esperaba, animábase a seguir, dijérase que confortándole.

Su mujerita—al solo recuerdo de la mártir se le llenaban de humedad los ojos—, habría «estirado» el brasero, para que aún escondiera en la ceniza suficientes rubies de rescoldo con que corroborar al aterido.

Los niños, dormirían ya, en las cunas que flanqueaban el lecho matrimonial, tálamo en casi permanente floración, lámpara siempre encendida, desgajada en cuatro hogueras. El hijo por año de matrimonio, casi, Señor!

Cuatro hogueras cuya permanente capacidad de combustión, obligaban al pobre Artemio Pérez a resistir los latigazos que pecaba como soldada en su en-

pleo de la «Anglo-Española», única labor suya entonces, permittían el lucimiento y la buena apariencia de un hombre solo, si este hombre era tan industrioso y morigerado como Artemio Pérez.

Puerto, correcto, limpio. Es decir, sin estirar nunca más el brazo que la manga, pero con la manga presentable en cualquier parte, podía el empleado alternar con el señorío, y aun enamorarse a una señorita de tan altas prendas y tan luegas dotes como Elena.

Hablando la verdad: Las prendas llevaría a la boda la cuidada, ya que la patria potestad no ejerce dominio sobre los dotes que Naturaleza concedió; pero las dotes, la dote, quedó en la casa paterna.

Quiere decirse que los padres de la enamorada doncella, vieron más allá del terno cuidadoso y el rostro rasurado y el pequeño «gato» ahorrado por el futuro, y miraron el enlace con malos ojos y peor bolsillo. Privaron, vamos al decir, de la hegemonía de dar poco a la piedra que menos de.

Y en un quinquenio, cuatro hijos. La caraba, como se acostumbra ya a decir: el caos y la hipotenuza, como no se había dejado de decir todavía.

Sin abandonar, desde luego, lo que podría llamarse el empleo matritz, hubiera volver la vista a otros empleos auxiliares. Y como eran las obligaciones las que empujaban a buscar nuevos ingresos, ocurría que cuando estos llegaban ya estaban de sobre «colocados». Por lo que un nuevo aumento de trabajo, no significaba para Artemio Pérez un paso hacia adelante, sino la posibilidad de no iniciar un retroceso.

Aunque—bien lo vea—, no poder cal-

zar simultáneamente todos los pies de la abtrandante prole, ya era retroceder. Y no tener la esposa un vestido presen- table, ya era estar humido.

Lo pensaba, lo pensaba, camino de la casa, bajo la lluvia, de regreso de la jornada agotadora, con el estómago en los talones... que sólo un optimismo exagerado podía suponer en los zapatos del año de la Nana, chapatantes sobre el barro, suficientes a no dejar el pie a la intemperie, pero no a evitar que el agua lo calara; zapatos de convenien- cia social, podría decirse, pues ya es sabido cómo la apariencia de confort es conveniente en sociedad, aunque oculte la verdad de unos pies calados hasta los huesos.

Un reloj, hizo sonar dos campanadas: las diez y media. Las tranvías pasaban raudos—brochazos de luz—, como bur- lándose del hombre que a quien haos el camino en tan democrático vehículo, desequilibraría el presupuesto, hasta el punto de convertir en amal negocio una de las contabilidades que ponían estrambote al burlesco soneto de su jor- nada. Había que ir a pie, para que el beneficio se aperchiera.

Había que ir a pie, bajo la lluvia, sobre el barro, había que trabajar muchas horas, para llegar a casa hecho un pelle laméntable; con las barbas crecidas y los pantalones entroillados; pálida la color; no dal todo bien oliente el cuerpo, a cuya higiene era imposible dedicar mucho espacio.

Había que estafar en la esposa mal vestida, a la novia que todo lo esperó, porque todo lo merecía; había que hurtar, con el marido cansado y stucio, al novio galán y bien plantado. No había derecho; no debía haber de- recho a que esto fuera así. Por ello no sería extraño que el, me- jor—perdon, Señor, el peor—día, Ele- na se llamara a engaño, y...

No extrañó, por ello, que no bien hu- bo acabado de servirle la cena, conser- vada bien calentita, junto a la lumbre, Elena le dijera aquella noche, triste, más firme y «decidida»:
—Mira, Artemio: esto no puede con- tinuar así.
Había empezado él a liar un pitillo; terminó y limitóse a preguntar con una palabra, como quien está ajeno a la po- sibilidad de que pueda plantearse nin- guna cuestión desagradable:
—¿Pues?

Pero la voz le traicionó, temblando en la lacónica pregunta. Aun, empero, in- vitó, siguiendo en la simulación de tran- quilidad:
—Tú dirás.

Y dijo, dijo ella, con un acento del que creyérase incapaz.
—Dijé, claro. Dijé que es imposible que no pongamos, que no «pongamos» —recalcó el pitillal—, remedio a nues- tra situación. Tus ingresos, no bastan a

cubrir, ni con mucho, nuestras necesi- dades.
Ofreció el mártir en comunión su cuerpo y su sangre:
—Trabajaré más horas, puesto que es preciso.

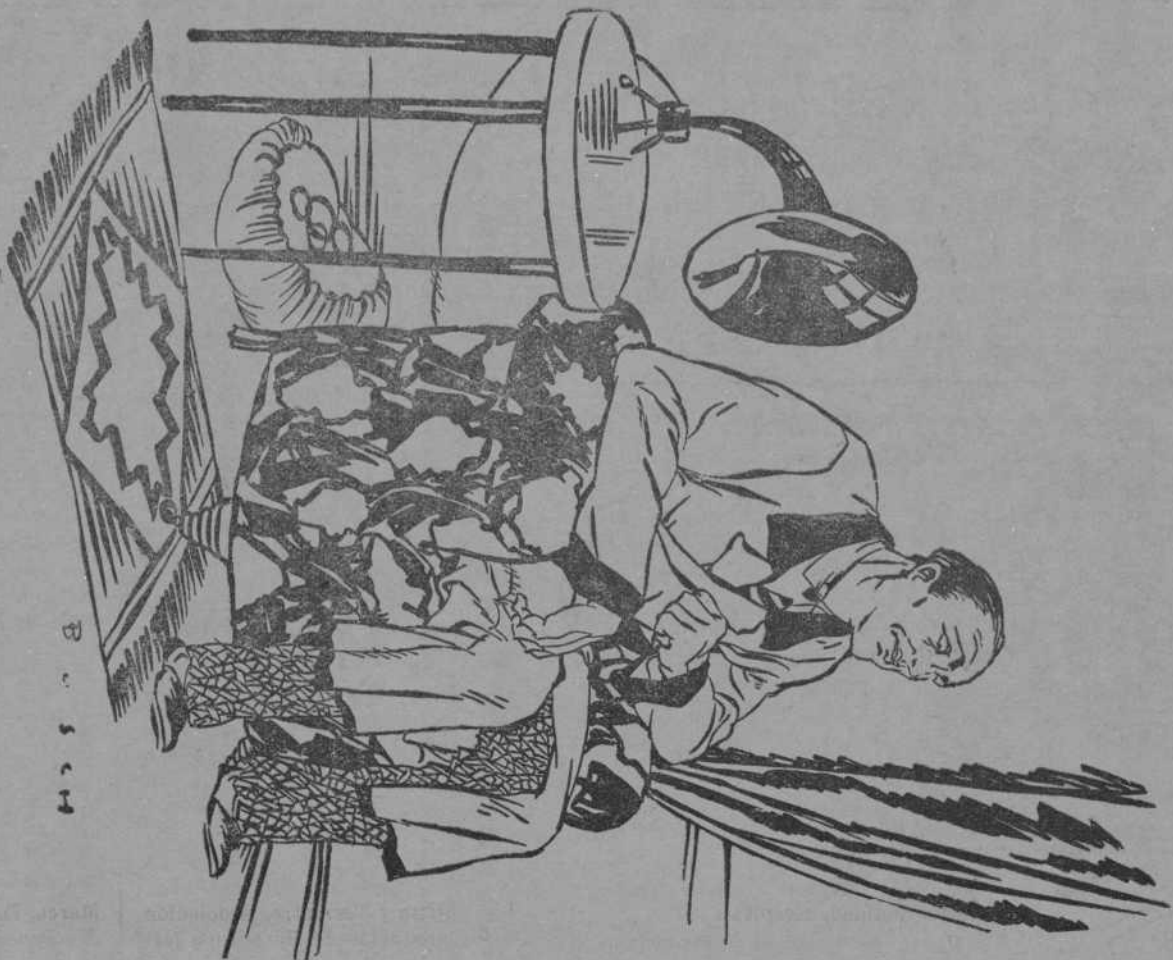
Y rechazó ella, vertiendo sobre el mi- sero una ambrosía inesperada:
—No, mi pobre; no, Artemio: es im- posible que trabajes más. Sería una crueldad y, además, un imposible.
Volvió la palabra que, en pregunta, lo preguntaba todo:
—¿Pues?

—Trabajaré yo.
Todos los prejuicios fugitaron el ros- tro del esposo, hasta hacerle enrojeer de oprobio.
—¿Tú? ¿Trabajar tú? ¿Pero estás en tu juicio, Elena?

—No la busques nombre. Acepta.
—No acepto. La mujer de Artemio Pé- rez, no puede ir por ahí a ganarse la vida. Me entendería deshonrado para siempre.

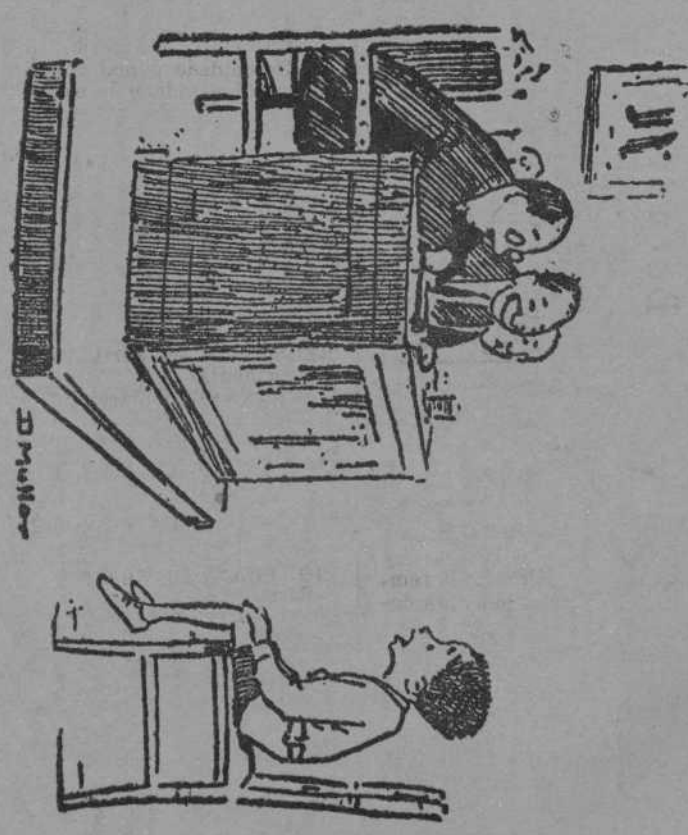
—Es más honroso, por lo visto, poner los hijos sobre el mundo con un preca- rio presente y un futuro angustioso.
Buena esgrimista de los argumentos, el ataque fué certero. «Tocó», tocó al adversario:
—Dime, Elena, qué trabajo pensabas acometer.

Volvió a la dulzura habitual, con la solicitud, la voz de ella:
—No es trabajo, casi. Es, simplemen- te, buscar a mi saber de música una utilidad práctica.
De nuevo los prejuicios fueron látigo chascando sobre el rostro del marido.

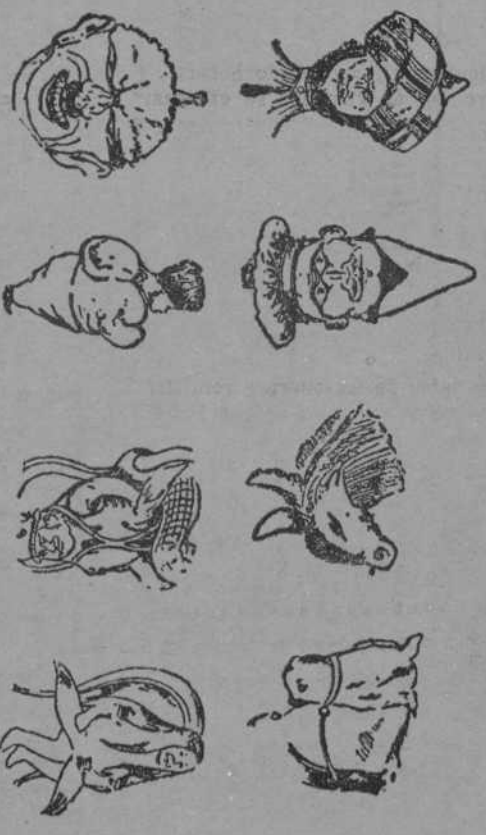


—Estoy, estoy. Ningún trabajo hon- rado es, claro, deshonroso.
—Para quien lo realiza no, acaso.
—Ni para quien, por las fuerzas de las circunstancias, lo acepta.
—A esta fuerza de las circunstancias nuestras, yo la llamo impotencia, yo la llamaría claudicación, yo la entendería incapacidad, y entonces si que me son- rojaría.

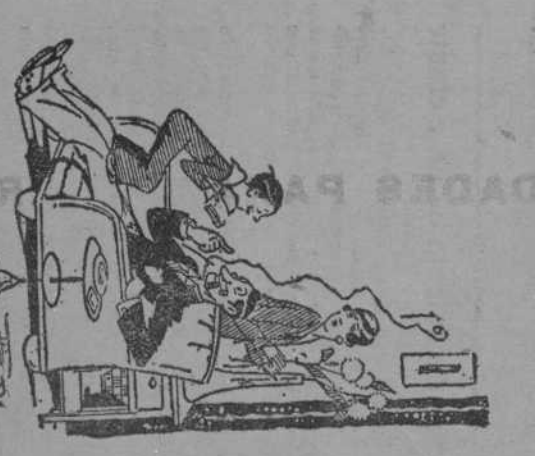
—Dar conciertos?—preguntó como si hubiérase escuchado el propósito de venderle la honra a tajadas por la ca- lle.
Y Elena, imperturbable, intuyendo la victoria:
—Dar conciertos, sí; pero darlos de una forma que a ti, en absoluto, no te duela; suprimiendo la exhibición...
—No entiendo.



—¿Qué es Gramática?
—El arte de hablar rodeado de agua portodas partes...



Contempla estos dibujos, da media vuelta al periódico y vuélvelos a contemplar



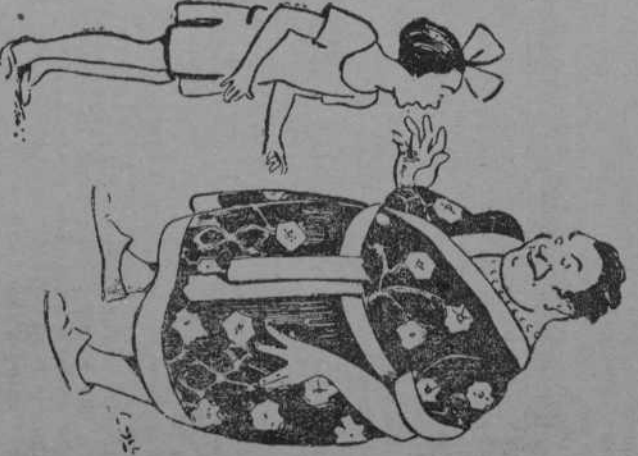
—¿Te gusta este juego, niño.
—Me gustaría más montar en un asno de veras.



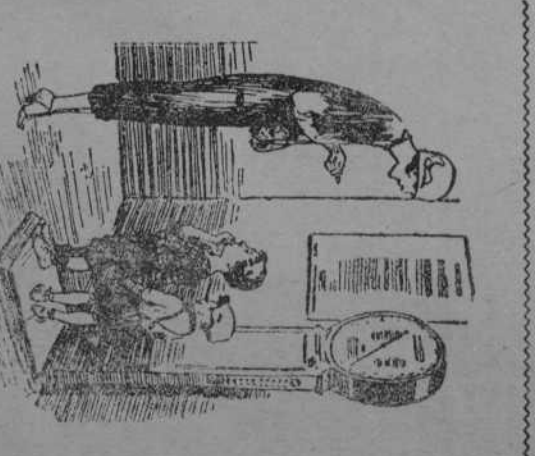
—Me debes un real, papá.
—¿Cómo es eso?
—Me prometiste una peseta si me daban 12 puntos y me han dado tres.



—Por qué lloras de ese modo, Juanito?
—Porque mi tía se ha caído por las es- caleras.
—Pero si no se ha hecho nada!
—Ya lo sé, pero es que mi hermana la vio caerse, y yo no.



—¿Cómo me encuentras, nenita?
—No quiero decirlo. Mamá me pegará.



—¿Quieres hacer el favor de decirnos cuán- to es la mitad de cincuenta y dos, quito y medio?